



PÁGINA TERESIANA.

“El Gran Día Misionero: un Recuerdo . . .”

Cruzada de oraciones....Dia de la gran Ayuda material a las Misiones.”

Conferencia por el P. Santos Abia, Agustino, en el Colegio de S. Escolástica de Manila.

Excm. Sr. Delegado de S. Santidad, Ilmo. Señor, Venerables Sacerdotes, Señoras y Señores:

Francamente yo no sé si debo agradecer al P. Pascual, siempre tan bondadoso para conmigo, la distinción de dirigir la palabra a una concurrencia tan selecta y tan ilustrada, o si debo más bien hacerle responsable del compromiso en que me ha puesto. Desde luego, que ningún otro motivo que la consideración de haber vivido yo la vida de las Misiones durante algunos años, pudo moverle a pensar en mí, con preferencia a tantos otros, más competentes y de más autorizada palabra.

En efecto, Señores: el haber si-

do misionero durante nueve años y medio; el haber gustado las alegrías, no menos que los sinsabores, que la vida de las misiones lleva consigo; el haber corrido los mismos peligros y tropezado con dificultades, parecidas o idénticas a las con que hoy tropiezan esos desconocidos y abnegados misioneros, que recorren ya las inexploradas regiones del Africa, ya las extensas y revueltas provincias de la China, bien las frías y heladas que cubren las nieves del Polo, ya aquellas otras que tuestan los ardientes rayos del sol ecuatorial....todas estas circunstancias justifican, o disculpan a lo menos, mi presencia en este lugar. Yo podría contaros muchas cosas, y decirlos despues que las vi con

mis propios ojos; podría relataros grandes miserias, muchas necesidades, y certificaros despues que tuve que presenciarlas, en ocasiones, que pasar por ellas. Llegué a las centricas regiones de China en Enero del diez y nueve y me sacaron de alli en Marzo del veintiocho. En ese espacio de tiempo me tocó correr, con mis hermanos los misioneros, todos los peligros, todas las peripecias, todas las vicisitudes y dificultades porque nuestro amado Vicariato ha tenido que pasar en estos últimos y calamitosos años.

Pero hablemos, Señores, del Dia misional, de ese gran dia, inspiración venida de lo Alto, institución sabia y transcendental, cuyas consecuencias, cuyos frutos, en pro de las Misiones, son imposibles de calcular. Evidentemente, al establecer este Gran Dia, se propone la Iglesia interesarnos a todos en la Obra santa de la Propagación de la Fe; quiere hacernos a todos misioneros, que participemos todos en la obra, sobre todas grande, de ganar el mundo para Cristo. Es que la Iglesia y sus Pontífices oyen resonar en sus oídos el grito misterioso de Jesús moribundo: sitio, tengo sed; oyen a Jesús lamentarse de las muchas ovejas que pastan fuera de su redil, ponderar la abundancia de las mieses, amarillas ya, y en sazón para ser recogidas, y expuestas, con todo, a malograrse, por falta de operarios que vayan a recogerlas.

Ah! Y quién no percibió también dentro de su corazón esos gritos y esas lamentaciones? Nunca escuchasteis, Señores, diré mejor, pudisteis oír o leer sin sentirnos conmovidos, aquel breve y sencillo relato de S. Mateo, donde nos cuenta como, en una ocasión, viendo N. adorable Salvador a las turbas, se sintió lleno de compasión hacia ellas, porque las vió cansadas, descarriadas como ovejas sin pastor, y luego volviéndose a los Apóstoles les dice: la mies! qué abundante, en cambio, que pocos los operarios? No os impresionó aquella manera, suave y tierna, de N. Señor, de excitar el celo de sus apóstoles, diciéndoles: tengo otras ovejas que no son de este aprisco, que no forman parte de mi rebaño, y sin embargo me importa, tengo necesidad de hacer que formen también y sean numeradas entre mis ovejas?

Despues de estas sentidas expresiones, resulta ya una consecuencia aquella recomendación última de Jesús a sus Apóstoles: Recibid el Espiritu Santo. Como el Padre me envió a mi, así yo os envío a Vosotros. Id, predicad mi Evangelio; los que creyeren y se bautizaran, serán salvos, los que no creyeren se condenarán.

He aqui, Señores, el impulso divino que dió vida a las Misiones y las continúa hasta el presente. Los apóstoles se repartieron el mundo y marcharon intrépidos a su conquista; después de ellos, una no interrumpida legión de valero-

sos predicadores continuaron, y continúan hasta hoy, la obra santa y grande de ganar el mundo para Dios. Pero quienes son ellos, cuales sus nombres, cual es su patria, dónde se meció su cuna? Ah! Eso nadie lo sabe. De ellos se puede repetir, lo que un famoso poeta escribió de los oscuros descubridores de las Americas, compañeros de Colón:

Que quienes son? Nadie su nombre ha oído.

Que a dónde van? A donde nadie ha ido.

Son....los que sintiendo la vocación divina, llamando dulcemente a sus corazones, abandonaron Patria, familia, amigos queridos, juveniles ilusiones.... Son los que sintiendo el grito misterioso de Cristo, moribundo en la Cruz: Sitio, tengo sed, se ofrecieron generosos para ir a apagar esa sed. Sus nombres nadie los conoce, nadie sabe dónde se meció su cuna, y su tumba es todavía más desconocida. Oh! Su tumba....sobre ella nadie colocó una flor, nadie escribió un recuerdo; a veces, ¡aya! ni siquiera la santa cruz extendió sobre ella sus amorosos y redentores brazos. Las murmuradoras olas del anchuroso mar, las corrientes aguas de los rios, la dilatada selva, el ardiente desierto, el espacioso mundo....he ahí su tumba.

Desde la cumbre bravía
Que el sol indio tornasola
Hasta el Africa que inmola
Sus hijos en torpe guerra,
No hay un puñado de tierra

Sin una tumba....española, dice el poeta, pero nosotros diremos mejor, sin la tumba de un misionero.

Pues bien, Señores, no habeis adivinado ya lo que es el gran dia Misional? En primer lugar, yo entiendo que es un Recuerdo, que consagra la Iglesia, que consagramos todos a los misioneros que hoy se esfuerzan por dilatar nuestra santa Fe. Es un dia de comunicación espiritual con ellos para decirles: Animo, valientes, no estais solos; con vosotros estan hoy vuestros hermanos; toda la Iglesia está hoy con vosotros y para vosotros son nuestras simpatias y nuestros aplausos.

Lo mismo, Señores, exactamente lo mismo que en los dias de prueba y de lucha para la Patria amada, cuantos en el patrio suelo se quedan se interesan, trabajan, reúnen víveres, cuanto puede llevar algún alivio al valeroso ejército que alla en las avanzadas defiende con su sangre el honor de la bandera.

¡Ah, señores, cuán beneficiosos al misionero resultan actos como el que celebramos! Son alientos nuevos, son fuerzas nuevas que su ánimo recibe. De mi sé deciros que cada carta, cada relación que hasta mi llegaba de un acto misional, era a manera de eficaz despertador de dormidos entusiasmos; mi espíritu recibía nueva sabia, nuevo vigor, nuevos alientos. Se despertaba en mi el pensamiento de antiguos propósitos, de la res-

ponsabilidad contraída, de mis compromisos y deberes para con Dios, para con las misiones mismas y para con todos sus generosos protectores. Es, pues un recuerdo el gran día misional. Pero es también y sobre todo día de bendición, día en que las cataratas del cielo se abran y a torrentes descende el rocío, la lluvia de la gracia a fecundar la obra de las Misiones. La cruzada de oraciones que hoy se eleva de la tierra al cielo, no puede menos de llegar hasta el trono del Altísimo y de hacerle fuerza en favor de las mismas. Y ¡qué tiene que ser a Dios la fuerza que hoy le hacemos, y a la Obra de la Propagación de la Fe cuán necesaria! Permitid que me detenga unos momentos a ponderar esta necesidad.

Son, en primer lugar, las misiones mismas las que necesitan del concurso de vuestras oraciones para que Dios les provea de Abundantes operarios. Cuando uno se encuentra en aquellas vastas regiones y las ve abandonadas, o al cuidado de un solo misionero, cuyo radio de acción le forman muchas leguas de distancia, es entonces cuando se forma idea de lo adecuado, propio y expresivo del símil de N. S. Jesucristo, al compararlás a un dilatado campo, que espera en vano al trabajador que vaya a recoger la abundante mies que ya amarillea. Esta necesidad de misioneros y evangélicos operarios, nadie la conoce como los misioneros mismos. Regenté, du-

rante siete años, una Misión. Mis vecinos más próximos, mis dos más próximos hermanos, distaban el primero diez leguas y cerca de treinta el segundo; de modo que nuestras visitas, para cambiar impresiones, para consolarnos, para confesarnos, dificultadas además por los malos caminos, se repetían cada dos, cada tres, en alguna ocasión cada cuatro meses.

Y ¡qué grande pena sentía el ánimo, al cruzar aquellas inmensamente pobladas regiones, donde las gentes se veían por cientos, por miles, y pensar que en ellas ni una sola vez se había escuchado la palabra de Cristo! Que de aquellas miles y miles de gentes, ningunas adoraban al verdadero Dios, ningunas le conocían, y eran quién lo duda? mies apta para ser recogida; muchas de ellas, a tener quien les llevara la luz de Cristo, hubieran visto, hubieran creído, se hubieran bautizado y hubieran sido salvas!

Y qué decir del pobre misionero? No creéis que también necesita de vuestra espiritual ayuda? ¡Quién sabe si en vuestros corazones, albergue de todos los amores y simpatías, no tienen cabida, ningún lugar les queda a los pobres misioneros! Sin embargo, pocos, tal vez, tan dignos de vuestras atenciones, y, desde luego, ningunos tan necesitados de ellas. Si os preiaís del nombre de católicos, si en algo teneis el esplendor de nuestra fe, entonces ya no pueden seros indiferentes los que constituyen las avanzadas del cristianis-

mo y son los continuadores de los apóstoles en la empresa de ganar el mundo para Cristo. ¡Ah! Si supiérais los peligros de que viven rodeados! Son unas veces las malignas fiebres de los países tropicales, las que atentan contra sus vidas; otras son las traidoras olas de los ríos y los mares, que se levantan encrespadas para tragarlos; aquí es astuta fiera o venenosa serpiente que les acecha; más allá, son la flecha del salvaje o la lanza del bandido, que ponen fin a sus días.

Quién de vosotros puede ignorar hoy los frecuentes y bárbaros asesinatos de misioneros, cometidos en los últimos años en las revueltas provincias de la China, si apenas han terminado los periódicos de relatarlos? Y del número de secuestrados quién guardará memoria? Yo, señores, yo debía contarme ahora entre ellos, pero fue, sin duda que los ojos de Dios no me hallaron digno de merced tan grande, y por eso dispuso mi traslado a estas hospitalarias y tranquilas playas reservando para mi sucesor la suerte y la honra de padecer algo por su gloria. Una oración por él, señores; es muy anciano, y está enfermo y esta en prisiones desde el mes de Junio..... si es que no ha muerto ya, pues hace algún tiempo que no conseguimos noticias de él! En conclusión que vidas tan preciosas como las de los misioneros están expuestas a muchos peligros.

Sin embargo, yo os aseguro que

otros tan poderosos motivos reclaman todavía vuestro favor y vuestra ayuda. No es la pérdida de la vida lo que les arredra. ¡Si a tan costoso precio pudieran ellos comprar la tranquilidad, la paz, la libertad para evangelizar, cuantos la darían gustosos! Con cuales otras dificultades tropieza, pues, el misionero? Es.....casi no me atrevo a indicarlo, es.....el desaliento. En ciudades populosas, en centros de población de cien mil y más almas, el misionero se siente solo, muy solo, señoras y señores. Los paganos, unos le ven con malos ojos y le ponen cuantas dificultades pueden; otros le desprecian; los más ni le miran a la cara. Los cristianos....de cuantas amarguras y sinsabores son también causa los cristianos! En sus tristezas y desmayos, no le queda otro que el cielo con quien comunicarlos. Añadid los mayores sacrificios desagravedidos o estériles, y tendréis que convenir con migo, que el mayor enemigo del misionero es el desaliento, que da con muchas vocaciones en tierra.

Finalmente, os diré ya para terminar, pues me figuro que estais demasiado cansados, es el día misionero, el día de la gran ayuda temporal a la obra de las misiones. Muy de agradecer es el concurso de vuestras oraciones, pero poco interesante demostraría seros esta santa obra, sino le prestárais además alguna otra particular ayuda. Cuántas expensas son necesarias, cuán grandes sumas se necesitan

para continuarla! Y creed que cuando los misioneros invocan vuestra caridad, cuando llaman a los corazones de los fieles, estan lejos de pedir nada. Muchas son las necesidades que ellos mismos sienten, pero, para satisfacerlas, no moverian un solo pié, no llamarían a una sola puerta. Piden para remediar las innumerables necesidades que la evangelización lleva con siglo.

Se equivocan los que creen que al misionero le basta con la santa cruz, armarse de una cruz y echarse a conquistar mundos. La obra santa de Santa Infancia, el sostenimiento de catecumenados para la formación de catequistas, indispensable ayuda del misionero, escuelas, seminarios, hospitales, iglesias, la misma formación y sostenimiento de los misioneros.... todo esto no puede llevarse a cabo sin el consumo de grandes sumas.

Ved, señores, el empleo de una limosna, enviada desde aqui el año pasado. Es una insignificancia, treinta pesos; pues bien, con ella se pudo recoger una niña que de lo contrario hubiera sido abandonada por sus padres aunque cris-

tianos. Pobres, sumamente pobres, y cargados de familia, Dios les visitó todavía con dos mellizas. Se negaban a bautizarlas, porque bautizadas, no podrían desentenderse de ellas dándolas a paganos, Querían que el misionero se hiciera cargo de ellas, pero este tiene prohibición de recogerlas, porque necesidades de esta índole o parecida, son frecuentes. En esto llegó la limosna. He aqui mi proposición, les dijo el misionero: vosotros os quedais con una y yo recojo la otra y vamos a proceder a bautizarlas. Fué, señores, que en los treinta pesos, vió con qué pagar una nodriza durante un año, y pensó que en ese tiempo tal vez se morirá la niña, o podrá encontrar un cristiano que quiera recogerla, o, quién sabe?, señoras y señores, si espera quizá otros treinta pesos más para seguir pagando otro año más a la nodriza si la niña otro más viviere.

He terminado. Si mis palabras han conseguido despertar vuestro interés por las Misiones, por ello, señores, os quedaré siempre inmensamente agradecido.

—+—



Entró un hombre a sacarse una muela en una barbería, y el mancebo, que era muy torpe, le puso la llave inglesa de modo que al tirar le sacó la muela dañada y otra más.

—¡Hombre! exclamó el paciente, ¡si me ha sacado usted dos muelas!

—Silencio por Dios, le contestó el mancebo; mire usted que si le oye el maestro le va a cobrar a V. las dos.